

A Pablo Corral desde el recuerdo

Armando Sánchez Oliva
Coronel de Aviación (DEM)

Pablo Fernández del Corral



Nacido el 2-3-1912 en Vega de Liébana (Santander)
Fallecido el 1-10-2001 en Murcia

Ingresó en el Ejército el 1-2-1934 en el Batallón de Cazadores de África nº 1, ascendiendo a Cabo el 1-11-1934. En 1911, siendo Sargento, ingresó en el Ejército del Aire (Arma de Tropas de Aviación), retirándose de Capitán el 2-3-1970. Posteriormente se le concede el ascenso al empleo de Comandante (H).

Paracaidista desde 1948, estaba en posesión de las siguientes condecoraciones:

- Medalla Militar Individual.
- Medalla Militar Colectiva.
- 3 Cruces de Guerra.
- Medalla de la Campaña.
- Medalla de Sufrimientos por la Patria con cinta amarilla.
- 2 Cruces del Mérito Aeronáutico de 1ª clase con distintivo blanco.
- Cruz del Mérito Militar de 1ª clase con distintivo blanco.
- Cruz y Placa de San Hermenegildo.

HACE ya muchos años (¡cuántos, Dios mío!) publiqué en LA HOJA DEL LUNES de Murcia, un panegírico, dedicado a Pablo Corral; Pablito Corral que era el nombre de guerra de nuestro personaje. Pablo Fernández del Corral, recorrería aquella mañana, los espacios al aire libre de la Escuela de Alcantarilla, bordeados de naranjos, con el ejemplar del periódico en la mano; agarrándolo como un barquillo y con esa mirada que se adopta cuando está uno bajo fuerte emoción, detenía a los compañeros que se cruzaban con él y sin atreverse a llorar como deseaba - porque creía que con una Medalla Militar al pecho (como decía Felipe II, el Rey nuestro Señor) «no conviene»- los abrazaba y les mostraba el espacio del periódico, donde aparecía el titular: «Pablo Corral, dedicación plena». Y a las palabras de emoción del interlocutor, por todo comentario, acertaba a decir: «Bien... Bien...». Y así transcurrió el inicio de la jornada del día 2 de marzo de 1970, en que aquel hombre cumplía la edad reglamentaria para pasar a la situación de RETIRADO, y

con ella, el ascenso automático a capitán por hallarse en posesión de la Medalla Militar Individual, esa condecoración que sigue en jerarquía a la Laureada y que acredita el valor, frente al enemigo, como DISTINGUIDO. Han pasado, como digo, muchos años (exactamente 31) y, ahora, ante la muerte del viejo camarada, quiero recordar aquel texto que escribimos con el corazón y reiterar todo su contenido.

Pablo Corral, que ha fallecido el 1 de octubre, alcanzó posteriormente el empleo de comandante, en virtud de la reorganización de las Escalas, circunstancia que permitió ostentar el grado de Jefe a quien -todo hay que decirlo- cuando fue llamado, al terminar la guerra de España, para transformarse en oficial profesional, en la Academia de Aviación, fue suspendido, al no superar las pruebas del examen de trigonometría esférica. Así continuó su carrera militar como sargento por méritos de guerra, ingresando luego, de brigada, en la Escuela de los Alcázares, de donde salió teniente, pasando por la Escala Auxiliar y, finalmente, en la básica de su empleo, siempre en la Es-

cuela Militar de Paracaidismo -en Alcantarilla- como profesor. Allí ha vivido luego sus dorados años de retiro a los que bien cuadraba el concepto de «jubileo», pues Murcia resultó al final, ser su tierra, sin abandonar su innegable origen de la Montaña, en la cantábrica Vega de Liébana, provincia de Santander.

Últimamente el brazo con que había empuñado como una férrea palanca la pistola en los campeonatos de tiro - que siempre ganaba-, empezó a flojear y Pablo simulaba que lo forzaba con el otro, diciendo con su voz bronca: «A este lo enderezo yo...». Así le llegó la vejez, todavía con el sol de varios continentes dorando sus nobles facciones, a aquel corpachón de hombre, que en pleno invierno, dulcificado por el delicioso clima de la huerta murciana, sólo se cubría con una camisa de tropa, con mezclilla de hilo, arremangada, con las divisas de teniente al pecho, sobre un paño rojo de Tarbuss y su Medalla Militar Individual -que es preceptivo ostentar permanentemente excepto en el capote (prenda que Pablo Corral no tuvo nun-



El Teniente Corral con el Estandarte de la Escuela, en una Jura de Bandera.

ca)- en su calidad reglamentario de «hierro oxidado» que era la que le iba, pues en las grandes ocasiones, él sabía si tenía el clásico estuche-homenaje con un ejemplar en piedras u otro valor, ya que jamás se le vio; ni se colgó ninguna como la de sufrimientos amarilla con cantos verdes y aspa roja ni otra de las muchas que figuraban en su hoja de servicios, desde que ingresara en el batallón de Cazadores de África nº 1 en Alcazarquivir (Larache) durante la República.

Con su camisa arremangada, la boina negra de paracaidista, cuando esta prenda era privilegio difícil de alcanzar, sólo por unos pocos; el pantalón caqui, de salto, con los grandes bolsillos en las piernas que tampoco usaban entonces más aquellos que necesitaban guardar en ellos, lo que el atalaje del paracaídas impedía en el sitio habitual, que luego se incorporaron a todos los uniformes de combate y ahora se lle-

van en toda clase de pantalones «de firma», masculinos o femeninos; caído sobre unos viejos borceguíes también de tropa y rematado todo por una fusta que conservaba con regusto de caballero.

Pablo Corral, siempre al pie de la torre de entrenamiento, atento a resolver casos psicológicos como el de un sargento que aseguraba que no temía al salto desde aquella torre en que muchos vacilaron y hubieron de volverse a casa, pero que aquel color verdoso del atalaje... Y era cierto que los atalajes habituales eran blancos (todo lo blancos que podían ser) mientras que los reforzados que se sacaban

para iniciar los saltos desde la torre, eran de otra hechura que sin duda era la que con su color hería las fibras sensibilizadas del aspirante. Y Pablo Corral, sin estudios especiales pero con la sabia perspicacia que le daba tanto tiempo mandando hombres de todas clases, llevaba suavemente al alumno a su sitio. Era en todo, una verdadera institución que servía de admiración y acicate a las tandas de mandos o tropa de todos los países que desfilaban por aquel enclave, dentro del municipio de Murcia, pedanía de Sangonera.

Igualmente, los que venían de Jaca con huellas en el «tren», de las duras jornadas del curso de «Guerrilleros», traían a sus mujeres y éstas a sus hijos, viendo todos en Murcia donde ya (enero) brota el almendro y se insinúa el perfume de azahar, un bálsamo curativo. Allí, con ellas, la familia Corral ejerce, en su chalet a la puerta de la

Base, unas singulares «public relations».

Portaestandarte de singular alferecía era Pablo Fernández del Corral -con tratamiento de V.S.- el comisionado permanente para llevar la enseña nacional en los actos correspondientes. Y era digna de ver la energía con que peinando ya muchas canas y a la edad en que tantos flojeaban, aparecía en los desfiles y paradas. En los actos paracaidistas se calzaba su viejo cubrebuzo fundacional de origen alemán, vía argentina, frente al modelo posterior con ciertas variantes de color, que usaban los novatos; el primitivo no admitía la apertura de las perneras y el de Corral, descolorido, semejava una candora. Luego, unos y otros pasaron al Museo; Corral no saltó con el «camuflaje».

Siendo brigada fue uno de los tres seleccionados, con el capitán Salas y el teniente Villamil para ir a la Argentina, donde en una escuela de técnica alemana los componentes de la Bandera recién creada, -cuyo mando ostentaría, tras la estela primitiva de Zayas, el capitán Alario Saubot- habrían de vencer el marasmo de poder llegar, al fin, a tener todo lo imprescindible para el salto... Menos el paracaídas y el avión. Allí, nuestro hombre que volvió escayolado, fue el primer lesionado.

Ahora que tanto se habla del soldado profesional, he aquí un ejemplo de lo que debe ser tal figura. Pablo Fernández del Corral ingresa en el Batallón de Cazadores de África núm.1 en Alcazarquivir; allí presta juramento de fidelidad, el 10 de febrero de 1934. Tras el desembarco de Capaz en Ifni, se crea un Grupo de Tiradores, remedo de los Regulares cuya uniformidad adoptan, salvo el azul claro de la gorra de los oficiales y suboficiales. Pablo, que siente la llamada de África, se enrola en estos nuevos Almogávares y es destinado a la Sección de Cañones de acompañamiento de Infantería, destacada en Cabo-July.

En 1936 se embarca en Sidi-Ifni con su Tabor y llega en la marcha sobre Madrid a Talavera de la Reina. Desde aquí, ha de participar gloriosamente en toda la toponimia de la guerra: Illescas, Retamares, Casa de Campo,... Columnas de Asensio y Barrón. Con la 3ª Mía (compañía) del tercer Tabor interviene en Brunete y en Las Rozas, enfrentándose a los primeros carros de los internacionales. Herido en el pecho (donde hay que recibir las heridas, decíamos entonces y repetimos ahora) se niega a ser evacuado. En el frente



De izquierda a derecha: Teniente Corral; Capellán D. Jesús Aguilar, dispuesto a efectuar su primer salto «en lo duro»; alumno, Teniente uruguayo Yamandú Silveira; Comandante D. Luis Noval; Teniente Profesor D. Emilio Conde Fernández Oliva. Detrás puede verse al Comandante Pérez Ramos, Jefe del Curso.

de Toledo, muerto su capitán se hace cargo de la Compañía de Ametralladoras y con desprecio de su vida, es citado como «MUY DISTINGUIDO», concediéndosele la Medalla Militar. Después vendrán Teruel, Quinto y Fuentes de Ebro, Belchite, el Alfambra, la «bolsa» de Biescas, con otra Medalla Militar para todo el Tabor; y el fin victorioso de la campaña. Corral vuelve a África pero buscando el puesto de mayor riesgo y fatiga se enrola en las Tropas de Aviación donde Yagüe ha izado el Banderín de Enganche del Paracaidismo. Corral permanece en la 1ª Bandera, tropa de férrea moral que no ha de ver el primer salto hasta 1948; para pasar a la Escuela hasta el fin de sus días. Allí está, el primero en el servicio y en el entusiasmo. Como una consigna, repite su «BIEN», cuando se le interroga.

Ha traído de La Pampa otra técnica: la de rustir «al agua» el cordero. Los argentinos vienen a devolver la visita y exclamarán, cuando se les hace saltar «en lo duro» piedra de toque empleada antaño, con su acento criollo: «¡Qué dura está la Madre Patria!». Es el 23 de enero fundacional cuando la tropa alzó en hombros al capitán Salas. A la entrañable jornada conmemorativa de camaradería en la que participaba «de Capitán a Paje», en plena L.Z. (zona de caída) acudía cada año el Maestro Nacional, con la Bandera de Escuela Rural al frente y los chicos detrás. Vienen a campo a través como el día que, con un botijo por todo apoyo, acudieron «a salvar» al capitán Martínez Bellver (quien mandaría luego la Escuela con sus secuelas en las piernas) que había tomado tierra violentamente. Al acto

se incorporaban, naturalmente, las tripulaciones en cuanto dejaban sus máquinas (como las llamaban los alemanes, *Die maschinen*, en su himno). Y en el aterrizaje, tantas veces ejecutado en dirección contraria a la del despegue, cuesta arriba y para ahorrar tiempo -ya que el viento allí nunca es enemigo- venteaban el humo de la «barbacoa» por las puertas siempre abiertas del JUNKER. Hay que haber estado allí al amor de los leños, para comprender muchas cosas, de ese mundo al que pertenece «lo que no se mide».

Me estremece pensar que todo esto ocurría ya el siglo pasado y que sólo algunas cosas permanecen, en algún monumento alzado como un hito. Tal, ese JUNKER, varado en la tierra, cerca de la primitiva zona de embarque, sorprendiéndonos junto a la vía, tras la

que aún están los restos de un cañizo elemental, donde se situaban las familias con su presencia en aquel paso atrás postrero y tranquilizador. Los saltos, contemplados desde la carretera de Granada, atraían a muchos alemanes que acudían con la pretensión de besar la chapa ondulada del avión. El tren de Granada «cortaba motores» para que los viajeros pudieran contemplar el espectáculo y una vez hizo parada y fonda en la de la Gabriela, hermana de «la boniata», esposa del guarda del paso a nivel que en curiosa reminiscencia del pasado cerraba con su cadena el acceso a la base, partiendo en dos, algún desfile, para que

el comandante Provencio, aquel que aseguraba que las cabezas no estaban buenas, que «se había ligado» al maquinista con su habitual campechanía, pudiera bajarse del tren a la mismísima puerta de su despacho. Ya no llega el tren a Granada y los protagonistas de aquel tiempo nos contemplan desde el paraíso de los soldados y nosotros mismos estamos ya en primera fila de butacas.

Algunas cosas subsisten y otras han cambiado; ahora figuran mujeres entre los que embarcan e ignoro como se apañará el avío a cuento de lo cual viene aquel aserto del mariscal Petain: entre las cosas de este mundo hay dos

que amo sobre todo: los soldados y las mujeres. ¿Qué pensaría hoy, al contemplar la delicia de un uniforme bien cortado sobre la anatomía de una mujer joven y bonita? Pues en Murcia, donde tampoco hay vino malo, todas lo son.

Pero nos hemos olvidado de Corral. Era frecuente verle abandonar la zona militar, a pié, carretera abajo, hacia el pueblo. Su paso pausado, su fusta; de uniforme por supuesto. Al cruzarse con alguien, repetía su consigna: Bien. La hacemos nuestra una vez más y la completamos seráficamente: Paz y Bien, para todos. Dios con todos. ■